

BIBLIOTECA DE MEDIANOCHÉ

¡Atrévete
a pasar
miedo!

Nick Shadow

Ahora puedo
verte

y otros relatos



Ahora puedo verte

«¿Dónde estará todo el mundo?», se preguntaba Michael Lewis mientras recorría el camino en bicicleta. Hacía unos diez minutos que había salido de su nueva casa, la granja Axby, en dirección al colegio, y durante ese lapso tan solo había visto un vehículo por el camino: un tractor entrando en una de las angostas carreteras rurales que serpenteaban entre los campos y colinas que rodeaban la granja. Aparte de eso, Michael no había visto siquiera otra bicicleta desde que salió de su casa.

Aquello no se parecía en nada al trayecto que recorría a diario en Londres para ir al colegio. Allí se

pasaba la mayor parte del viaje esquivando coches, autobuses y taxis. Aquí, al parecer, tenía el camino solo para él.

«Tal vez la gente no haya salido aún de su casa en esta mañana de lunes en el campo», pensó. Aún seguía inmerso en ese pensamiento cuando tomó una curva cerrada y vio un coche que venía en sentido contrario. Michael sonrió casi aliviado al comprobar que no era el único que estaba en marcha.

El conductor lo saludó alegremente con la mano, y Michael le respondió con un movimiento de cabeza; recordó entonces que el hombre del tractor también lo había saludado. Era gente amigable. Siguió pedaleando y, más adelante, observó que un caballo lo miraba por encima de un seto. Michael le sonrió preguntándose si también lo saludaría como los demás vecinos.

Sin dejar de sonreír, dejó atrás otra curva y bajó una empinada colina en dirección al colegio Beech Hill. A medida que se acercaba, iba observando los edificios de ladrillo rojo y a los alumnos que se movían de acá para allá por el patio y la zona de deportes. Algunos estaban en grupos y otros iban en parejas, pero ninguno caminaba a solas.

Michael sintió una punzada de nervios cuando cayó en la cuenta de que no conocía a nadie en el co-

legio. Sin embargo, supuso que los gestos amistosos que había recibido durante el trayecto eran un buen augurio y que, con un poco de suerte, los chicos también serían agradables.

Paró la bicicleta y notó que varios de los alumnos lo observaban con curiosidad. Acto seguido encadenó la bicicleta a una de las barras del *aparcabicis* que había en el patio de recreo, se echó la mochila al hombro y caminó por el asfalto mirando a su alrededor. Más allá, a su derecha, había unos chicos que estaban jugando al fútbol; a su izquierda, tres chicas lo miraban pasar mientras soltaban unas risitas. Se dirigió hacia la zona de juegos sintiéndose más que nervioso ante la perspectiva del primer día de clase en su nuevo colegio.

De repente, una pelota de tenis cayó a sus pies. Michael levantó la vista para ver de dónde había venido.

—Aquí —dijo una voz. Michael se dio la vuelta y vio a un chaval alto que se acercaba corriendo seguido de un grupo de chicos más bajos.

Michael se detuvo para coger la pelota y lanzársela a sus dueños, pero justo cuando se disponía a hacerlo, el grupito ya estaba junto a él. El más alto tendió la mano, y Michael dejó caer la pelota de tenis sobre la palma abierta de este.

—Eres nuevo, ¿verdad? —dijo uno de los muchachos.

Michael asintió con la cabeza.

—Sí —dijo con una sonrisa—. Me llamo Michael.

—¿Dónde vivías antes de trasladarte aquí? —preguntó otro.

—En Londres —contestó.

—Vives en la granja Axby, ¿verdad? —preguntó el primer chico.

Michael volvió a asentir.

—Y entonces, ¿dónde has aparcado la excavadora? —La pregunta venía del chico más alto del grupo—. Al fin y al cabo, por eso es por lo que tú y tu familia estáis aquí, ¿o no? —continuó fríamente—. Para arrasar la campiña y construir un centro comercial.

—No —contestó Michael. Era cierto que su padre era promotor inmobiliario y Michael sabía que, en un principio, había comprado la granja Axby con la intención de urbanizarla y construir un centro comercial en ese terreno, pero luego se enamoró de ese lugar y decidió trasladarse allí con toda su familia. El plan del centro comercial estaba completamente archivado—. Aunque no estaría nada mal —añadió en

tono de guasa—, igual podría veniros bien un centro comercial aquí.

Pero el comentario no cayó nada bien. El chico alto, muy enfadado, dio un paso hacia Michael, y este se preguntó si estaría a punto de marcar un nuevo récord mundial en la categoría de provocar una pelea en el menor tiempo posible el primer día de clase en un colegio nuevo.

Es más, el chico plantó su dedo sobre el pecho de Michael y dijo:

—Nos veremos más tarde, niñito de ciudad. —Luego, giró sobre sus talones y se marchó. Los demás lo siguieron dando saltos, como hienas detrás de un león.

Michael dejó escapar un suspiro de alivio.

—No creo que haya sido una buena idea la broma sobre el centro comercial. ¿Tú qué crees? —le dijo una voz cercana—. Porque... *ha sido* una broma, ¿verdad?

—Sí —respondió Michael, al tiempo que se daba la vuelta para encontrarse con una chica de largo cabello enmarañado y una gran sonrisa en el rostro.

—No te preocupes por ellos —le aconsejó—. Ya se les pasará.

—Gracias por decirlo —dijo Michael—. Ya estaba un poco preocupado.

—Puede que Andrew Scutt sea un matón —continuó la chica—. Es el más alto. Los demás son como su pandilla, pero son agradables cuando Andrew no está cerca.

—Pandilla. Esa es una palabra que no esperaba oír fuera de la ciudad —dijo Michael entre risas.

—Que vivamos en el campo no nos convierte en subdesarrollados, ¿sabes? —dijo la chica con una sonrisa—. Me llamo Stephanie. Tú eres Michael, ¿verdad? La semana pasada la señorita Hamilton nos dijo que te sumarías a nuestra clase.

—¿Os dijo también que mi padre demolería todas vuestras casas y construiría aquí un centro comercial? —indagó Michael—. ¿Es por eso que King Kong me estaba esperando?

Stephanie rio y negó con la cabeza.

—Durante meses han estado apareciendo artículos y especulaciones en el periódico local acerca de un promotor inmobiliario que compró un terreno para construir un centro comercial —explicó—. La gente de por aquí no está muy contenta con la idea: creen que si pudimos vivir hasta ahora sin un centro comercial es porque no lo necesitamos.

—Entonces, ¿dónde compráis las cosas? —preguntó Michael.

—En el pueblo hay tiendas y un mercado —respondió Stephanie—, y hay aún más tiendas en Wakely, a unos diez kilómetros de aquí. Y si buscas algo para hacer, allí también hay un cine.

—En este momento tengo muchísimo que hacer: tengo que ayudar a mis padres con la limpieza de la granja —dijo Michael. Luego sonrió con pesar—. Desgraciadamente.

—Entonces, tu familia se trasladó a la granja Axby, ¿no?

—¿La maestra os dijo eso también? —preguntó Michael.

—No, mi padre me lo dijo. Además, el periódico local mencionó que la granja Axby se había vendido —respondió Stephanie.

—¿En el periódico informan sobre cada casa que se vende?

—No. ¡Pero hace años que nadie vive en la granja Axby! Todo el mundo creía que en ese lugar se construiría el centro comercial. Creo que la mayoría de las personas se sintieron aliviadas cuando se enteraron de que una familia se había trasladado allí.

—Todos menos Andrew —murmuró Michael.

—Ya te dije —dijo Stephanie—. Ignóralo. Todos no somos como él.

—Me alegro de que tú no lo seas —sonrió—. Me preguntaba cuándo me encontraría con una cara amable.

Stephanie le devolvió la sonrisa y le hizo una seña para que la siguiera mientras sonaba el timbre que indicaba el inicio de clases.

—Te mostraré cuál es el aula de la señorita Hamilton —le dijo—. Prometo no mordisquear heno o hablar de la cría de cerdos durante las clases. ¿De acuerdo?

—Vale —dijo Michael y rio mientras seguía a Stephanie a través de las puertas de entrada a la escuela.

Michael dejó su bolígrafo y miró el aula a su alrededor. Aunque había comenzado el día con el pie izquierdo, ahora se sentía un poco más tranquilo. Miró a Stephanie. Ella lo había ayudado a adaptarse a su nueva escuela. La nueva maestra también resultó ser agradable, y la redacción sobre la selva amazónica que les había encargado no era difícil. De hecho, Michael descubrió que lo había terminado antes que el resto de sus compañeros.

Se recostó en su asiento y recorrió la sala con la mirada. En el pupitre junto a él, Stephanie aún escribía y consultaba su libro de texto.

La señorita Hamilton se levantó de su mesa.

—Seguid trabajando —dijo—. Debo ir a buscar unos libros a la biblioteca. Regresaré en unos minutos. —Salió del aula y cerró la puerta tras de sí.

Un vago murmullo comenzó a resonar en el aula. Michael sonrió: esta no era como su antigua escuela en Londres. Allí, cuando un maestro salía, en seguida el lugar explotaba en gritos y risas. Obviamente, razonó Michael, sus nuevos compañeros se comportaban mucho mejor que los antiguos. Escuchó que unos chicos sentados frente a él conversaban acerca de su expedición de pesca del fin de semana anterior.

—Sí, fue genial —decía uno—. Yo pesqué una perca, y Tom, algunos peces espinosos.

¿Pescar? A Michael no le parecía muy emocionante la idea de sentarse junto al agua con un gusanito en un gancho a la espera de coger un pez. «¿Es esa la idea de la diversión de estos chavales?», se preguntó. «Tal vez, cuando quieren hacer algo excitante de verdad observan pastar a las vacas».

Cuando finalmente llegó la hora del almuerzo, se sintió aliviado. Michael, como el resto de los alumnos de la escuela, salió en tropel al patio de juegos.

—Ven, niñito de ciudad —dijo Stephanie mientras le tironeaba del brazo—. Puedes sentarte conmigo durante el almuerzo.

Él asintió y la siguió hasta las escaleras del edificio principal. Ambos se sentaron y tomaron sus fiambresas de las mochilas. Michael comenzó a devorar su sándwich y paseó la mirada por el patio.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó Stephanie.

—¿No te aburre a veces vivir en el campo? —replicó Michael.

—¿Por qué habría de aburrirme? Hay muchas cosas que hacer.

—¿Como qué? ¿Como pescar? —preguntó—. ¿Caminar? Cuando salgo, veo campo. Eso es todo. Campo y nada más. En casa podía chutar un balón de fútbol contra una pared. Aquí, si lo hago tengo que correr kilómetros tras él ¡y pisar unas diez boñigas en el camino!

Stephanie rio.

—Lo siento, Michael —dijo, sonriente—. Te llevará un tiempo acostumbrarte a vivir aquí. ¿Qué habrías hecho en la ciudad?

Michael se encogió de hombros.

—No lo sé. Miles de cosas. Ir al cine, a jugar a los bolos o a McDonald's. Allí había muchas más cosas para hacer.

—Aquí también puedes hacer todo eso, ¿sabes? —le dijo Stephanie—. Solo tienes que coger el autobús. No es tan grave. Al fin y al cabo, cuando vivías en Londres no todo quedaría a dos minutos de tu casa, ¿o sí?

Michael negó con la cabeza.

—No, tienes razón —reconoció—. Entonces, ¿qué haces los fines de semana?

—Voy a visitar a mis amigos, juego con mi hermanito, escucho el iPod, cosas así.

—¿Tienes un iPod?

—Sí, y una XBOX. También un reproductor de DVD. Hasta tenemos agua corriente, ¿sabes? —dijo Stephanie entre risas.

—Lo sé —gruñó Michael, mientras ella le daba un golpecito amistoso en el brazo—. Tenía una idea equivocada del campo y de la gente que vive aquí. Lo siento.

—No te preocupes —le dijo—. ¡En unos seis meses te habrás olvidado de que alguna vez viviste en otro lugar!

—Sí, nunca se sabe. Hasta es posible que me interese por la pesca —dijo Michael con una sonrisa.

Mientras caminaba con dificultad a través de los campos, miraba la lista de compras que le había dado su

madre, y no podía evitar preguntarse qué estarían haciendo sus amigos de Londres esa mañana de sábado.

«Lo más probable es que aún estén en la cama», pensó. Después de todo, apenas eran las nueve.

Estaba bastante seguro de que ninguno estaría haciendo recados para su madre, y si así fuera, seguramente no consistirían en una larga caminata a un comercio de pueblo para comprar fruta. Michael meneó la cabeza incrédulo. ¡Su madre había decidido que quería hacer mermelada! Jamás en la vida se lo había propuesto hasta que se mudaron a la granja Axby. ¡Sus padres se estaban zambullendo a lo grande en el estilo de vida rural!

Metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil. Desde que se habían mudado a la granja, no había podido coger señal en ninguna parte. Pero ahora que estaba en una de las colinas que dominaban la finca, se preguntaba si habría mejor cobertura.

Marcó el número de su amigo Matt y esperó ansioso. Cuando la palabra «Llamando» apareció en la pantalla, Michael casi grita de la alegría. Apretó el teléfono contra su oreja.

—Hola —contestó una voz familiar.

—Matt —dijo Michael con entusiasmo—. Soy yo, Mike Lewis.